

## Las lágrimas de la maestra

Publicado por Miguel Ángel Santos Guerra

| 16 Junio, 2012

He recibido desde Uruguay este emocionante relato, enviado por la maestra María de los Huertos Toriani. Es una maestra que trabaja como profesora de primer curso de Primaria en la escuela 120 de Tiempo Completo, situada en el Departamento de Salto. La sencilla historia de Ángel que nos cuenta, me ha hecho pensar en las numerosas, casi infinitas veces, que tienen lugar experiencias como ésta en las aulas de las escuelas del mundo.



Nuestros ojos se llenaron de lágrimas y sin disimularlo

comenzamos a aplaudirlo.

Cómo no sentirse apasionado por la profesión de enseñar, de abrir horizontes, de avivar el amor al conocimiento, de proporcionar herramientas para entender el mundo. Cómo no lamentar y condenar el castigo que una política torpe y mezquina está infligiendo a la educación.

Cada día, cada hora, cuando los maestros y maestras trabajan en las aulas, se producen hallazgos deslumbrantes, no solo en lo relativo al conocimiento sino, y sobre todo, con aspectos relacionados con las relaciones y la vivencia de la propia identidad.

La escuela es la gran mezcladora social. En ella conviven diariamente niños y niñas de diferente extracción social, de diferente nivel cultural, procedentes de familias que tienen el horizonte colocado en muy diferentes lugares, unas muy cerquita de la casa y otras a distancias siderales. La escuela hace que el horizonte se alargue, se prolongue, se convierta en un punto de tensión para aquellos cuyas familias solo pueden pensar en la inmediata necesidad de sobrevivir. La escuela fabrica horizontes para los pobres, para los desfavorecidos, para los, en palabras de Paulo Freire, “desheredados de la tierra”.

Respetaré en lo posible sus palabras porque se nota a través de ellas toda la emoción del momento y todo el entusiasmo del aplauso que suscitó la intervención del niño que protagoniza la historia.

Ella tienen como lema de su trabajo un pensamiento esclarecedor: “Si me importa, lo aprendo”. Es la máxima ley de la motivación. La historia dice así.

“Cada Escuela es una ventana al mundo , un pedacito de realidad en donde se entretajan sueños , aprendizajes, proyectos y enseñanzas.

Esta Escuela, mi Escuela, no es muy distinta de otras : la mayoría de niños que asisten provienen de contextos socio-culturales muy desfavorecidos, con padres que abandonan a sus hijos, ausencias afectivas, problemas de salud e higiene y maltrato.

Pero lo que la hace realmente diferente es que los que trabajamos en ella esperamos todos los días que “El Milagro Suceda” o al menos es lo que yo espero.

Lo llamo Milagro porque creo que cuando un niño, pese a las condiciones de vida que tiene que afrontar, puede con su corta edad romper la barrera del dolor que lo afecta, que lo perturba, para concentrarse en algo mucho más banal como una clase, entonces puedo afirmar que : “EL MILAGRO SUCEDE”

Esta es una de las tantas historias en la que he tenido el privilegio de ser protagonista al ser Maestra de primer grado de Primaria.

Sucedió una mañana en el rincón de Ciencias Naturales al que llamamos Laboratorio. Estábamos juntos los dos grupos de los primeros años de la escuela y ambas docentes, prontas para comenzar lo que hacíamos una vez a la semana: leer la cartelera de ciencias. En ella colocamos noticias científicas y curiosidades sobre el mundo animal, el planeta tierra y el universo.

Empezamos la lectura leyendo los títulos de cada noticia y pidiendo al grupo la opinión de cuál querían escuchar primero. Una a una todas fueron leídas. Eran unas cuantas, cerca de diez. Al finalizar pedimos que el niño/a que se animara contara con sus palabras la noticia que más le había gustado. Así lo fueron haciendo y casi todos participaron ampliando lo que los compañeros decían. Quedaba por comentar la última noticia cuyo título era: ¿Es la ORCA realmente una BALLENA ASESINA? Entonces pregunté:

- A ver ¿quién puede contarnos de qué se trata esta noticia?

Veo solo dos manos levantadas.

- ¿Quién más se anima?

De repente una tercera manita asoma muy tímidamente. Era la mano de ANGEL, un niño al que solo se le escuchaba hablar cuando pedía permiso para ir al baño, con problemas de aprendizaje en todas las áreas y baja o nula estimulación del hogar debido al contexto en el que vive.

De estatura baja para su edad y delgado, se puso de pie y caminó hacia adelante, hacia donde yo estaba. Lo tomé por la cintura como queriéndolo contener y apoyándolo por el gran esfuerzo que suponía lo que estaba haciendo.

Sin dudarle y expectante por lo que iba a decir le dije:

- Me gustaría escucharte, Ángel. ¿Qué nos vas a contar sobre la ORCA?

Con voz clara y fuerte dijo:

- “La orca es de la familia de los delfines, no es una ballena. Pesa muchas toneladas. Vive en los mares y océanos. Se entiende con otras mediante silbidos. Come peces, pingüinos, otros delfines y pedazos de ballenas. Cazan en grupo y se les llama asesinas pero nunca han atacado al hombre”. No había nada más para agregar. Lo había dicho todo de forma correctísima.

La emoción que sentimos ambas maestras fue instantánea, nuestros ojos se llenaron de lágrimas y sin disimularlo comenzamos a aplaudirlo. El aplauso fue tan sentido que duró varios segundos en donde reinó el silencio de la palabra, un silencio en el que se respiraba amor, confianza, logros, seguridad, contención y aprendizaje.

Aprendizaje por parte nuestra de que los “milagros suceden” y nos sorprenden con mucha más frecuencia de lo que pensamos “.

Yo creo que el relato no necesita comentario alguno. Muchos maestros y maestras podrían relatar experiencias similares si se atreviesen a contarlas, si se decidiesen a compartirlas.

La profesora inglesa Joan Dean dice que si los profesores y profesoras compartiésemos las cosas maravillosas que nos suceden, tendríamos una fuente inagotable de ideas y de optimismo. Lo que pasa es que algunas veces solo vemos los agujeros en el queso.